

UNA POETISA EN EL ABRA

Volando a media altura, la tierra se mostraba con todos sus matices. Miles de detalles asombrosos aparecían ante ellas despertando la admiración de la más pequeña y el recelo de la adulta, que ya adivinaba la llegada a la civilización: el verde distinto de los campos, la variedad de volúmenes que envolvían el paisaje o el intenso olor a humo y a salitre que el viento arrastraba hasta ellas.

- Mira, tía ¿qué es eso que se ve ahí abajo? Esas pequeñas rocas tan blancas y pulidas que parecen las teclas de un piano.

- Eso es el cementerio de los humanos, sobrina. Ahí depositan los vivos los restos de los que ya han muerto. Y para nosotras es la señal de que ya estamos llegando a Bilbao, así que ten los ojos bien abiertos, Martita, porque a partir de ahora nos acechan muchos peligros.

-¿Porqué nos esperan tantos peligros, tía?

-Porque es una ciudad, y ya has aprendido que en las ciudades los peligros se multiplican, para dos palomas de campo como nosotras.

Allí existen altos edificios de piedra en los que puedes estrellarte, calles llenas de coches y otros vehículos humanos que pueden aplastarte, también hay humos y otras sustancias venenosas que pueden matarte con solo acercarte a pocos pasos, y luego están los hombres, claro está, que ya sabes que son nuestro mayor depredador.

Las dos palomas torcaces venían de un pueblecito de Burgos cercano a Vizcaya. Se trataba del viaje de iniciación de Martita, la más pequeña, y la acompañaba su tía doña Eulalia, ya que su madre se había tenido que quedar en el pueblo incubando a tres nuevos hermanitos. Era una costumbre entre las palomas de aquel pueblo que el primer viaje de las jóvenes torcaces fuera hasta el Abra vizcaíno, con el objeto de que conocieran nuevas rutas migratorias y aprendieran el camino más seguro hacia el mar.

- Observa, Martita, allí a lo lejos ya se ve el mar- dijo doña Eulalia señalando con el pico a su sobrina la bocana del puerto.

- Pues allá vamos-dijo Martita lanzándose en picado hacia el Abra.

Avanzaban por la ría camino del mar, y a su paso, Martita no paraba de preguntar a su tía por los nuevos desconocidos que iban apareciendo ante sus ávidos ojos.

- Mira, tía ¿qué es ese bicho tan alto que echa fuego por la boca?

- Es una chimenea de los Altos Hornos donde se funde el hierro para convertirlo en acero.

- ¿Y aquello que parece un dragón?

- Eso es una gárgola por sale el mineral, y eso otro una grúa que sirve para descargar el material traído de otros lugares lejanos en esos barcos que ves y que parecen diminutos islotes en medio de la ría.

- Mira, tía, aquellos bloques, parecen palomares gigantes.

- Pues no, sobrina, son rascacielos, edificios muy altos donde viven apiñados los hombres.

- ¿Y aquella serpiente que vuela?

- Eso no es una serpiente, Martita- respondió doña Eulalia conteniendo la risa ante la desbordante imaginación de su sobrina- es un puente colgante que cruza la ría de un lado a otro.

- ¿Y ese otro río tan grande?

- Es el mar. Ya estamos en el Abre, el lugar donde la ría se junta con el mar. Mira, vamos a parar en alguna roca de aquel acantilado para descansar un ratito. Así, puede que charlemos con alguna gaviota.

- ¿Qué son gaviotas, tía?

Las gaviotas son primas nuestras, querida sobrina, son palomas marineras.

Bajando hacia el mar se posaron cerca de los jardines de Santa María de Getxo, y doña Eulalia, ante tanta belleza, no pudo evitar que saliese a la luz su vena poética. Sin pensárselo dos veces, comenzó a declamar:

“En el verdor del prado
de miles de flores esmaltado
resaltan las humildes margaritas
como una bandera infinita
que la madre naturaleza ha trenzado”

Dos cercanas gaviotas ociosas, tras escuchar la dulce voz de doña Eulalia, se pusieron a aclamarla con vehemencia.

- Bravo, bravo- gritó una.

- Qué bonitas palabras- dijo la otra

Doña Eulalia, ruborizada, les dio las gracias, y, ante la insistencia de las gaviotas, recitó unos cuantos poemas más acerca del mar y de los animales que viven en él. Al terminar caía ya la noche y, a su alrededor, se había congregado una buena bandada de gaviotas que aplaudían batiendo las alas y llenando el aire con sus exclamaciones.

- ¡Excelente!

- ¡Sublime!

- ¡Qué gran poetisa ha llegado a Bilbao!

Doña Eulalia les dio las gracias y, tras preguntar dónde se podrían coger algunos granos de maíz para alimentarse ella y su sobrina, partieron hacia un caserío cercano.

- Tía, ¿qué es una poetisa?

- Es alguien que vive la vida en toda plenitud, querida sobrina, alguien que mira las cosas más allá de la superficie, que pone siempre el corazón antes que el pensamiento.

- Yo también quiero ser una poetisa como tú, tía.

- Ya lo eres- le replicó riendo doña Eulalia- ya lo creo que lo eres.

Alberto Payás